

## Introducción

Partamos de un hecho: la moral tiene mala prensa. Si oímos hablar de moral en algún medio, nuestra primera reacción puede ser de cierto desasosiego. Tal vez esperamos oír que algún experto «pensador» que vive en su propio mundo, cada vez más alejado de la realidad, ha descalificado algún comportamiento o avance científico. Ni que decir tiene que esta sensación se agudiza hasta el extremo cuando el descalificador es un «hombre de la Iglesia», alguien que, además, vive su vida con un sentido fuertemente religioso.

La incomodidad de la moral es patente. Su papel mediático en la actualidad, en el mejor de los casos, es el de actriz secundaria, antagonista de la «chica guapa» de la película, identificada con la libertad y los buenos sentimientos en búsqueda de un mundo mejor. La moral parece ser reaccionaria: siempre negativa, siempre dispuesta a poner trabas no solo a la felicidad personal y a los avances sociales, sino también a la solución de los verdaderos problemas de la humanidad.

Para muestra, un botón. En una entrevista que Benedicto XVI concedió a un grupo de periodistas con motivo de

su viaje a Baviera en 2006, uno de ellos le espetaba lo que ronda en las cabezas de muchas personas «de buena voluntad»: «En todo el mundo los creyentes esperan de la Iglesia católica respuestas a los problemas globales más urgentes, como el sida y la superpoblación. ¿Por qué la Iglesia católica insiste tanto en la moral en lugar de intentar soluciones concretas para estos problemas cruciales de la humanidad?»<sup>1</sup>.

¿Quién no se ha encontrado con una pregunta similar? Quizás dirigida por un colega, o leyendo un libro, en alguna red social, o simplemente ante un dilema personal sobre cómo actuar en una situación determinada para conseguir algo bueno. A fin de cuentas, ¿la moral es algo relevante para la vida real? ¿No se trataría más bien –incluso desde una visión compatible con la religión– de ser buenos profesionales, ayudar a la gente que se tiene cerca y, en la vida privada, hacer lo que cada uno pueda?

Pero, ¿qué es lo relevante para la vida real? ¿Por qué debemos ser buenos profesionales? ¿En qué consiste ayudar a la gente? ¿Qué es hacer lo que uno pueda? Nos damos cuenta de que, conforme nos hacemos más preguntas sobre nuestro comportamiento, llegamos a capas cada vez más profundas de nuestro ser, para las que no valen respuestas superficiales, de andar por casa. En algún momento de la existencia, nos topamos con esas capas, que

1. BENEDICTO XVI, *Entrevista con motivo del viaje apostólico a Alemania*, 5-VIII-2006.

aparecen y vuelven a aparecer, aunque intentemos esconderlas borrándolas del historial, como si fueran páginas que no se desearía haber visitado. Se abren y se abren, aunque uno las cierre... Es el precio de la navegación humana por la vida.

\* \* \*

La moral tiene que ver con el bien:  
qué es y cómo alcanzarlo.

Pero no cualquier bien, sino con «el bien». Lo bueno, sin más. Aquello que no es bueno en razón de otra cosa, sino en sí mismo, «y ya», como dicen algunos. Ciertamente todos queremos progresar, individual y socialmente, pero –según confiesa el Papa en la entrevista que decíamos– «en la combinación que hemos tenido hasta ahora del concepto de progreso a partir de conocimiento y poder, falta una perspectiva esencial: el aspecto del bien. Se trata de la pregunta: ¿qué es bueno? ¿Hacia dónde el conocimiento debe guiar el poder? ¿Se trata solamente de disponer sin más, o hay que plantear también la pregunta por los parámetros internos, por aquello que es bueno para el hombre, para el mundo? Y esta cuestión, pienso yo, no se ha planteado de manera suficiente»<sup>2</sup>.

2. BENEDICTO XVI, *Luz del mundo: el Papa, la Iglesia y los signos de los tiempos. Una conversación con Peter Seewald*, Barcelona: Herder, 2010, 56-57.

La gente que sabe poco duda de la moral. La gente que sabe bastante llega a rechazarla. Pero la gente que más sabe sobre algún tema siempre se reencuentra con ella. Uno de los físico-matemáticos más creativos de los últimos tiempos, Roger Penrose, afirma en su libro más famoso: «Creo que es más importante que nunca, en la cultura tecnológica de hoy, que las cuestiones científicas no se separen de sus implicaciones morales»<sup>3</sup>.

Si lo único que se hace es impulsar hacia delante el poder personal, sirviéndose de lo que uno conoce, el progreso que se consigue estará gravemente desequilibrado. De hecho, encontramos en la sociedad actual muchos ejemplos de este preocupante desequilibrio: hay individuos que poseen grandes capacidades técnicas, pero escasos recursos morales. Desconocen el lenguaje de programación de esas capas más profundas de su ser. Quizás el mundo virtual de internet es un ejemplo paradigmático de ello. Cada vez más, abundan las personas muy capaces de estar a la última en el mundo de relaciones que ofrece la red (*chats, videojuegos, mundos virtuales, redes sociales...*), pero retraídas para las relaciones humanas reales, que implican la mediación corporal.

La cuestión moral no atañe únicamente a las personas individuales. La pregunta por el sentido de lo que hace la sociedad resulta cada vez más relevante en diversos ám-

3. PENROSE, R., *The Road to Reality. A Complete Guide to the Laws of the Universe*, New York: Alfred A. Knopf, 2005, 22.

bitos: ¿por qué hemos de proteger el planeta? ¿Por qué hemos de financiar un determinado proyecto de investigación? Evidentemente las decisiones últimas sobre muchos aspectos han de ser tomadas desde una perspectiva moral, aquella que considera el bien de la sociedad o de las personas. Es ilusorio pretender que la ciencia, la política o la economía se desarrollen al margen de las decisiones éticas, y es superficial considerar la moral siempre bajo el rol de un conjunto de prohibiciones a la persona, a la investigación o a las posibilidades de la sociedad.

La cuestión es que solo la perspectiva moral es capaz de señalar un sentido último, definitivo, tanto a nuestras acciones individuales como a aquellas que afectan a la sociedad<sup>4</sup>.

Las coordenadas del progreso no son solo las del conocimiento y la técnica. Hay una coordenada interior, la del bien del ser humano, lo bueno para el hombre. Una dimensión que, aunque ignorada, escondida o irrelevante

4. Por ejemplo, la sociedad tiene derecho a decidir –a través de los órganos de representación competentes– si un proyecto de investigación es relevante, pues no toda exploración científica ha de hacerse necesariamente. La decisión no puede dejarse únicamente en manos de los científicos. La autoridad política decidirá teniendo en cuenta la sostenibilidad de los recursos disponibles y, también, de acuerdo con su visión última –moral– de la sociedad.

para muchos (como las dimensiones ocultas de las teorías de supercuerdas), acaba determinando siempre la orientación interna del desarrollo individual y social.

\* \* \*

La dimensión moral es una característica intrínseca de las acciones, de modo que cuando una persona se pregunta por lo que puede hacer, se está preguntando también por la moralidad de las diversas opciones que aparecen a su alcance<sup>5</sup>. No podemos escondernos de la moral. Hemos de conocerla. Pero conocerla equivale a conocernos a nosotros mismos. ¿Qué es ser hombre? ¿Qué es ser yo? ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo esperar? ¿Alguien espera algo de mí?

La moral trata de esto, pero no lo hace de modo misterioso, ni de manera técnica, ni de forma emotiva. La moral tiene que ver con la verdad de cada uno. Una verdad que no es puramente subjetiva, sino que podemos conocer y querer mediante las dos alas con las que el espíritu humano se eleva hacia su contemplación: la razón y la fe<sup>6</sup>.

5. Cfr. MOLINA, E., *La moral entre la convicción y la utilidad: la evolución de la moral desde la manualística al proporcionalismo y al pensamiento del Grisez-Finnis*, Pamplona: Ediciones Eunat, 1996, 268.

6. Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Fides et ratio*, 14-IX-1998, Introducción.